

La voz en la tribuna

(El verbo apasionado de Jorge Eliécer Gaitán)

CARLOS JOSÉ REYES*

Academia Colombiana de Historia, Bogotá.



La voz en la tribuna (El verbo apasionado de Jorge Eliécer Gaitán)

Resumen

El uso de la voz humana como un medio de comunicación e inducción frente a la comunidad, se ha desarrollado desde las primeras civilizaciones. Sócrates creó en Grecia la primera escuela de oratoria. En Colombia, uno de los políticos y oradores públicos que más utilizó la oratoria, con su voz vibrante y emotiva, fue el caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán, quien encontró las palabras, los acentos, giros y expresiones adecuadas para comunicarse con amplios sectores populares. La fuerza de su movimiento lo hubiera llevado a la presidencia, de no ser por su asesinato, el 9 de abril de 1948.

Palabras clave: oratoria, pueblo, a la carga, mamola, reconquista.

The voice at the platform (The passionate word of Jorge Eliécer Gaitán)

Abstract

The use of the human voice as a means of communication and induction before a community, has been developed since early civilizations. The first oratory school was created by Socrates in Greece. In Colombia, one of the politicians and public speakers who used oratory the most, with his vibrant and moving voice, was the liberal leader Jorge Eliécer Gaitán, who found the words, accents, phrases, and adequate expressions to establish communication with wide popular sectors. The strength of his movement would have taken him to president, had he not been murdered, the 9th of April 1948.

Keywords: oratory, people, charge!, mamola, reconquest.

La voix à la tribune (Le verbe passionné de Jorge Eliécer Gaitán)

Résumé

L'usage de la voix humaine en tant que moyen de communication et d'induction face à la communauté s'est développé à partir des premières civilisations. En Grèce, Socrate a créé la première école d'oratoire. En Colombie, un politicien qui a beaucoup fait appel à l'oratoire, de sa voix enflammée et émotive, fut le caudillo libéral Jorge Eliécer Gaitán, qui a trouvé les mots et les paroles, les accents, les tournures et les expressions adéquates pour entrer en contact avec des nombreux secteurs de la population. La force de son mouvement aurait pu le conduire à la présidence, mais son assassinat le 9 avril 1948 le lui empêcha.

Mots-clés: oratoire, peuple, à la charge!, mamola!, reconquête.

* e-mail: fareyes@cable.net.co

El contacto directo con las masas, de viva voz en plazas públicas o recintos para grandes auditorios se convirtió en uno de los principales recursos de los oradores políticos o religiosos en el pasado, antes de que apareciera la intermediación de los grandes medios masivos de comunicación, en especial de la televisión.

En el mundo entero son proverbiales las experiencias de grandes caudillos de las más diversas tendencias políticas, como Hitler o Mussolini, Stalin o Fidel Castro, cuya palabra se convirtió en bandera e impulso de acción para sus seguidores.

Desde tiempos remotos se conoce la experiencia en la preparación del aparato respiratorio y la articulación de la palabra, en el discurso de los grandes oradores. El propio Sócrates (470-399 a. C.), al tiempo con sus clases de filosofía, efectuadas por medio de diálogos con sus estudiantes, creó en Atenas una escuela de oratoria para preparar dirigentes que pudieran hacer carrera en el ágora. Según sus enseñanzas, el orador debía ser un hombre instruido y movido por altos ideales éticos.

Entre los casos más representativos de la antigüedad clásica para lograr una expresión vocal emotiva y eficiente, se cuenta el de Demóstenes (384-322 a. C.), quien aunque tenía grandes deseos de comunicarse con el pueblo y hacer que su palabra vibrara en la plaza pública, no contaba en un comienzo con los medios para hacerlo, debido a graves fallas en su expresión, tartamudeo y una pobre dicción. Tuvo conocimiento de la retórica al escuchar a los oradores que lo antecedieron, pero carecía de los recursos técnicos necesarios para proyectar la voz hacia un auditorio amplio, en espacios abiertos. De ahí que con un gran esfuerzo de voluntad y una persistencia excepcional, se dedicara a hablar en voz alta, en las playas al lado del mar, usando piedras en la boca para aumentar la dificultad y de este modo reforzar tanto las cuerdas vocales como los demás órganos de fonación, así como efectuar otros ejercicios para intensificar la capacidad respiratoria y por lo tanto, la proyección de su voz. Desde luego, no basta con tener ideas claras y muchas cosas que decir, sino que también es indispensable contar con los medios físicos o mecánicos para hacerlo. Demóstenes lo logró con su constancia. Según Longino, Demóstenes *perfeccionó al máximo el tono del discurso idealista, pasional, abundante, preparado, rápido*. Esta definición de su oratoria nos muestra algunos componentes de la oratoria clásica que permiten un contacto



efectivo con las masas: el aspecto pasional, la fluidez, que arrastra a las multitudes como un torrente de palabras que brota sin descanso, y la rapidez de la elocución, que impide la fatiga o el aburrimiento de los oyentes.

En Roma, en el período de transición entre la época republicana y la era imperial, se destacó la figura de Cicerón (106-43 a. C.), quien recibió clases de oratoria de Lucio Licinio Craso, las cuales le servirían para desarrollar su carrera política y enfrentar rivales como Lucio Sergio Catilina, contra quien escribió sus famosas *Catilinarias*. Estas figuras de la antigüedad clásica sentaron las bases del discurso verbal que influyeron de un modo notable sobre los siglos posteriores.

Por lo general, en los grandes períodos de cambios sociales surgen figuras que han logrado comunicarse con las masas populares de un modo directo, gracias a su expresión oral, a los recursos de su oratoria, y en la medida en que logran interpretar los intereses o los sentimientos colectivos. Es el caso de figuras como Marat o Robespierre en la Revolución Francesa. Marat contribuyó con su verbo encendido y emocional a agitar las masas, tanto con su discurso en la plaza pública como en los folletos agitacionales que imprimía con el título de *L'ami du peuple*. Su presencia en el cambio revolucionario fue muy importante, hasta ser asesinado en su propio baño por una joven oriunda de Caen, Carlota Corday. La conmoción total generada por la caída del antiguo régimen produjo en el período inicial de la revolución otras figuras destacadas que emergieron a la luz pública en la plaza o en el parlamento, como la de Maximiliano Robespierre (1758-1794), conocido como *El incorruptible*, quien con su oratoria implacable y enérgica condujo a un buen número de personas a la guillotina, en la llamada *época del terror*, hasta caer víctima de su propio invento en 1794.

También Hitler tuvo en sus inicios dificultades para comunicarse y por ello tomó clases de oratoria y de expresión gestual con el actor Basil de Munich, experto en las técnicas del expresionismo alemán. Con ese aprendizaje, cuando Hitler llegó a la cumbre de su expresión, hablaba ante las multitudes en horas de la noche iluminado solo por dos potentes reflectores, sobre una elevada tribuna, con la ayuda de un gran equipo de sonido, lo que significaba toda una puesta en escena para cautivar a las multitudes, que el poeta y dramaturgo alemán Bertolt Brecht calificó como “la teatralidad del nazismo”¹.

En el caso colombiano, existen contados ejemplos de una elocuencia capaz de convertirse en motor de acción política. A comienzos del siglo xx, en el parlamento colombiano aparecieron algunas de estas voces, de diversas corrientes políticas, que terminaron por radicalizar posiciones gracias no solo al contenido de los discursos, sino ante todo a la carga emocional, al lenguaje y a las expresiones usadas por los distintos oradores. Existieron voces destacadas en el conservatismo, como las de Laureano

1. Bertolt Brecht, *Escritos sobre teatro* (Buenos Aires: Nueva Visión, 1970), 158.

Gómez, de carácter arrogante y sentencioso, o la de Alzate Avendaño, quien por su voz y aspecto recordaba la estampa de Mussolini. Entre los liberales existían algunas figuras legendarias del siglo XIX, como la de José María Rojas Garrido, o las de los poderosos caudillos de la Guerra de los Mil Días, Rafael Uribe Uribe y Benjamín Herrera, cuya relación con Gaitán señalaremos más adelante. También habría que considerar otras voces reflexivas, surgidas a mediados del siglo XX, que expresaban sus discursos con una dicción perfecta, como la de Alberto Lleras Camargo, quien tenía su mejor campo de acción en la academia o en la transmisión radiofónica, y en forma análoga su primo, Carlos Lleras Restrepo, notable expositor y dirigente liberal, cuya palabra hallaba un mejor eco en la radio o más tarde en la televisión que en la plaza pública. Pero la figura que se destacó en forma autónoma, como un constante disidente dentro del liberalismo, aunque a la postre se convirtió en jefe único del partido liberal, fue la del caudillo Jorge Eliécer Gaitán, considerado como uno de los mayores oradores en toda la historia de Colombia.

Gaitán provenía de una clase media venida a menos, radicada en barrios populares de Bogotá como Egipto o Las Cruces, que aún tenían una intensa vida comunitaria, donde se hacían amistades y tertulias en la tienda vecina o en la plaza pública. El padre, don Eliécer Gaitán, era un liberal de la estirpe de los radicales del siglo XIX, acallados por la Regeneración y la posterior hegemonía conservadora. A comienzos del siglo XX, cuando su hijo Jorge Eliécer Gaitán apenas era un niño de seis o siete años, emprendió la aventura de publicar un periódico combativo, que fracasó después de unos primeros intentos al no encontrar apoyo financiero sin el cual una empresa de esta naturaleza no podría lograr un asidero firme en la realidad.

Seguramente, el pequeño embrión de político debió escuchar las protestas de su padre contra la situación del país y la necesidad de cambios profundos, pero, desde luego, no estaba en manos de don Eliécer realizar aportes significativos para lograr estos cambios. A medida que la familia crecía y llegaban nuevos hijos se hizo necesario buscar un *modus vivendi* que compaginara con su carácter y su sentido de la dignidad, aunque poco a poco se fue aniquilando su radicalismo y como consecuencia, asumió una actitud escéptica y mordaz. En la búsqueda de un sustento de vida, resolvió abrir una librería de viejo, la cual nunca le permitió conformar el menor capital, pues apenas le alcanzaba para vivir al día con toda clase de sobresaltos, de los que salía avante gracias al apoyo de su esposa, doña Manuela Ayala, maestra de escuela, quien con sus modestos sueldos ayudaba a complementar los gastos de la casa. Doña Manuela se convirtió en la verdadera guía e impulsora de su hijo Jorge Eliécer, encausándolo por el camino de la lectura y el estudio, con un firme y constante propósito de superación.

Jorge Eliécer tuvo que enfrentar los deseos y aspiraciones de su padre, quien quería que su hijo estudiase contabilidad para que le ayudase a llevar las cuentas de su librería, con el propósito de intentar poner en orden un negocio que amenazaba todo el tiempo con llegar a la quiebra y que se sostenía gracias a las maromas de equilibrista de don Eliécer, para subsistir sin tener que cerrar su librería de libros usados que le daba un aire de cultura y respetabilidad. Por otra parte, su fracaso como intelectual y editor del periódico radical —al que nos hemos referido en líneas anteriores— le dejó un amargo sabor sobre la política y la tarea intelectual y por eso no quería que su hijo se convirtiera en abogado o político, como parecían señalar las inclinaciones del muchacho desde sus primeros escauceos en estos dominios en sus tiempos de estudiante.

Esta relación conflictiva entre padre e hijo tuvo que influir sobre el muchacho, en el sentido de reforzar su rebeldía frente a la autoridad, sobre todo cuando sentía que era injusta. Pero a la vez, su lucha futura iba a reconocer no solo los esfuerzos de su padre, sino también de muchas gentes que, como él, tenían pequeñas empresas o negocios a punto de naufragar, y que requerían de una política más proteccionista de las autoridades para afianzar las microempresas y generar una clase media más competitiva en las ciudades, de modo que existiera una distribución más democrática del capital.

La primera situación social a la que Gaitán tuvo que enfrentarse de muchacho tuvo lugar el 16 de marzo de 1919, durante el gobierno del presidente Marco Fidel Suárez. Es posible que desde sus tiempos escolares el impetuoso joven hubiese mostrado indicios de liderazgo frente a sus compañeros, así como una facilidad de expresión innata para exponer sus ideas de un modo directo y espontáneo de acuerdo con las circunstancias, aun sin contar con un plan preconcebido ni mucho menos con un texto escrito.

El primer acontecimiento de plaza pública, frente a gentes desconocidas, se produjo con ocasión de una manifestación popular que se desarrollaba frente al palacio presidencial para protestar por recientes medidas oficiales que anunciaban la compra de uniformes militares en el exterior. Los sastres de Bogotá protestaron, pues se les estaba quitando el trabajo que podían efectuar, y resolvieron marchar hacia el palacio presidencial para hacer conocer sus demandas al propio presidente. El señor Suárez, un intelectual conservador, humanista y conciliador, estuvo dispuesto a recibir a los dirigentes de la marcha, para resolver con ellos una solución negociada a sus requerimientos. Sin embargo, la tropa que custodiaba el palacio, al ver la forma como crecía el número de manifestantes que protestaba con enérgicas consignas, resolvió disparar contra la multitud, dejando un saldo de quince muertos. El señor Suárez estaba



muy lejos de ser el asesino, y debió ser el primero en horrorizarse ante la imprevista masacre, efectuada sin su autorización. Pero lo cierto es que los muertos estaban en la calle, y por este motivo, la situación de inmediato adquirió un carácter de fuerte tensión social.

El joven Jorge Eliécer Gaitán, que se encontraba en cercanías del lugar de los acontecimientos, sintió que le hervía la sangre frente a ese acto de represión brutal contra un pueblo desarmado. Tras la arremetida de la tropa, los manifestantes se dirigieron hacia la plaza de Bolívar, epicentro de tantos actos públicos, allí continuaron expresando sus protestas mientras otras gentes iban llegando a la plaza, sumándose a las protestas. Según el relato del escritor José Antonio Osorio Lizarazo, en el “Magazín Dominical” de *El Tiempo*, Gaitán apareció en la esquina de la calle 11 con carrera 9.^a, y comenzó a arengar a la multitud montado sobre los hombros de un hombre corpulento. En su discurso clamó por la defensa del pueblo inerme, y en contra de sus asesinos. La gente le presentó el pecho a la caballería, pero los soldados no se detuvieron, causando más de quince heridos².

En tan dramáticas circunstancias, Gaitán se dejó arrastrar por el eufórico enervamiento de las masas, que lo llevaron a sentir la embriaguez de un súbito liderazgo en medio de la conmoción. Nadie sabía quién era ese joven que se expresaba con tanta energía a favor del pueblo ultrajado, y ni siquiera el propio Jorge Eliécer se reconocía en ese gesto de oratoria pública, expresada con una poderosa energía emocional. En esta ocasión, Gaitán recibió una primera lección sobre los peligros de enfrentar a la fuerza armada en la calle o en la plaza pública, pero también tomó conciencia de la forma como se podía motivar la energía del pueblo e impulsarlo a la acción, mediante una vibrante oratoria.

Es posible que los hechos de aquel día le hayan servido al futuro caudillo para trazar las líneas de su destino político. Se había arrojado a la arena como un espontáneo en la plaza de toros y había tenido suerte al no recibir ninguna cornada. Quizá haberse sentido cerca del peligro y haber salido ileso le proporcionaron un recóndito placer, pues había logrado superar los temores y vacilaciones para emerger frente a una multitud urgida de orientación y de un buen liderazgo.

Don Eliécer Gaitán, su padre, se hallaba en un viaje de regreso de cualquier pretensión política o afán de poder. Su escepticismo ante la situación del país y la actividad política, lo conducía a rechazar cualquier iniciativa de sus hijos en esa dirección, y aún más alguna de Jorge Eliécer, quien se había mostrado rebelde a su autoridad desde un principio. Quizá esa rebeldía contra el padre lo condujo a rebelarse contra las formas de poder tradicional y a luchar por una nueva causa: una política a favor de las grandes mayorías populares y en contra de la dominación de una pequeña



2. José Antonio Osorio Lizarazo citado en Julio Galindo, *Gaitán el orador* (Bogotá: Universidad Libre, 2008), 32.

clase oligárquica que se había adueñado tanto de la tierra como de los negocios y se había apoderado de todas las instancias del poder.

La segunda intervención política de Gaitán tuvo lugar en el marco de la campaña por la presidencia tras la caída del gobierno de Marco Fidel Suárez, interrumpido luego de su renuncia ocasionada por las acusaciones de Laureano Gómez.

Después de varias administraciones de la hegemonía conservadora, el partido liberal volvía a presentarse a las urnas con candidato propio: el general Benjamín Herrera. Gaitán se sumó a la campaña del legendario general, uno de los grandes protagonistas de la Guerra de los Mil Días, y firmante de la paz, en el navío Wisconsin, frente a las costas de Panamá. Benjamín Herrera era una figura legendaria que se había convertido en el símbolo del liberalismo para recuperar el poder, y en aquel entonces Gaitán tuvo la osadía de hablar en la plaza pública de Chiquinquirá —una reconocida población conservadora— a favor del candidato liberal. Herrera perdió las elecciones y las esperanzas del pueblo que lo seguían quedaron aplazadas, pero para Gaitán, los derroteros de su propia lucha y los medios que tendría que utilizar para llevarla a cabo se hacían cada vez más claros.

Fue sin duda doña Manuela la verdadera impulsora de la avasallante personalidad de Gaitán. Ella lo apoyó en su decisión de seguir una carrera universitaria, de convertirse en un profesional del derecho, como abogado penalista, para defender las causas tanto de su propia familia como de las gentes de su barrio, los tenderos, zapateros, ebanistas y demás trabajadores de una pequeña burguesía que no contaba con los medios para salir adelante. Pese a todas las dificultades y gracias a un esfuerzo constante, Jorge Eliécer terminó su carrera y, además, reunió algunos recursos que le permitieron viajar a Italia y lograr un doctorado en criminalística con uno de los grandes maestros de la época: el profesor Enrico Ferri, y así obtener la alta calificación de *Magna cum laude* para su tesis de grado.

A su regreso a Colombia, Gaitán ejerció con éxito su profesión de abogado penalista, destacándose en el foro por la claridad y fluidez de sus argumentos jurídicos, así como por su defensa de los más desprotegidos. Pero más allá de sus conocimientos, de su capacidad de estudio y de su constancia para sacar adelante cuantas tareas se proponía, fue la fuerza de la palabra, la expresión de su voz, reforzada por una poderosa carga emocional y un lenguaje provisto con la terminología, imágenes y expresiones del público al que iba dirigido, la que logró convertirlo en el caudillo popular más poderoso del siglo xx en Colombia y una de las figuras más carismáticas en el liderazgo político de toda América Latina.

En su diccionario biográfico y bibliográfico de Colombia, Joaquín Ospina en el año de 1927, ya había logrado percibir la fuerza de la palabra de Jorge Eliécer Gaitán:

“Gaitán tiene el mérito indiscutible de ser el primer colombiano que haya puesto al pueblo delante de sí mismo y le haya hecho reconocer su pesadumbre”³.

Poco tiempo después de que Ospina expresara esta opinión sobre el joven jurista en su diccionario, Gaitán, como representante a la Cámara, planteó un intenso debate en el congreso en relación con los sucesos acaecidos en la zona bananera a finales de 1928. Antes de atacar el papel jugado por los militares en la zona hizo una declaración de principios, para evitar posibles malas interpretaciones: “Yo tengo un gran respeto por el ejército de mi patria, y por eso pienso que su oficialidad pulcra, sus hombres incontaminados, serían los primeros en protestar contra la inicua barbarie, contra los delitos de lesa patria que aquí se comprobarán”⁴.

Gaitán se presentó provisto de toda clase de pruebas y testimonios para sustentar sus argumentos y rebatir las declaraciones sobre estos hechos presentadas en un discurso del presidente Abadía Méndez unos días atrás. Su intervención en la Cámara tuvo una profunda repercusión sobre la opinión nacional, y sin duda influyó en la caída del régimen conservador y el retorno del partido liberal al poder después de casi medio siglo.

El proceso de compenetración de Gaitán con los intereses populares lo condujo a que el pueblo lo identificara con sus propios intereses, con su lucha por el cambio, con una palabra vibrante que hacía resonar las fibras ocultas de una población que antes no jugaba papel alguno en la política nacional, con una voz que hacía estremecer los nervios del inconsciente colectivo.

Ante una sociedad elitista que se avergonzaba de su propio mestizaje, que usaba expresiones insultantes para referirse al indio, el negro o el mulato, Gaitán buscó, por el contrario, reforzar las características de su propia naturaleza mestiza. Por eso en los salones y clubes sociales se referían a él en tono despectivo, llamándolo “indio”, que era una forma de descalificarlo, o “el negro Gaitán”, para mantenerlo en la otra orilla de la llamada “gente decente”, a la que el propio Gaitán calificó como la *oligarquía* que se había adueñado del poder y contra la que estaba dispuesto a luchar para devolvérselo al pueblo.

No es fácil definir cual era la posición política exacta de Jorge Eliécer Gaitán, por lo menos en términos partidistas, aunque él mismo se proclamó liberal independiente y progresista. Era un convencido nacionalista, de ideas socialistas, a quien algunos políticos calificaban de fascista, por su presencia en Italia durante el ascenso de Mussolini y por haber propiciado algunas grandes marchas y manifestaciones populares semejantes a las realizadas por el dictador italiano. Otros, como el embajador de los Estados Unidos durante el gobierno de Ospina Pérez, temieron que tuviera simpatías por el comunismo, en tiempos de la posguerra, cuando en la política internacional se

3. Joaquín Ospina, *Diccionario biográfico y bibliográfico de Colombia*, t. II (Bogotá: Águila, 1937), 23-26.

4. Julio Galindo, *Gaitán el orador*, *óp. cit.*, 182-83.

configuraban las nuevas fuerzas del mundo en torno a la llamada “guerra fría” entre el capitalismo y el comunismo.

Gaitán tomó conciencia de aquellas visiones parcializadas que querían ubicarlo en uno y otro lado, y defendió su independencia de criterio y el carácter nacionalista de su lucha a favor del pueblo colombiano, atacando las posiciones extremas; tanto del fascismo, que influía sobre la extrema derecha del partido conservador; como del comunismo, influido por las directrices estalinistas de la época.

Desde los tiempos de su viaje a Italia, donde adelantó sus estudios de derecho penal y criminalística, Gaitán vio la necesidad de trabajar la proyección de su voz y su expresión gestual, quizá al ver la eficacia de estos medios en una personalidad tan avasalladora como la de Mussolini. Las apariciones en la plaza pública de aquel caudillo del fascio le revelaron la posibilidad de convertirse él mismo en un símbolo de la lucha popular, de encarnar los intereses del pueblo, y para ello tomó clases de impostación de la voz en Italia, para desarrollar el timbre y la entonación. Efectuaba ejercicios para vigorizar su caja torácica y su capacidad pulmonar, de tal modo que su voz tuviera una mayor resonancia. Además, practicaba ejercicios para desarrollar su expresión corporal, gestos y actitudes que acompañaran las consignas que impulsaran a la acción, como haría más adelante en sus más emotivos discursos, con expresiones como: *¡Pueblo! Por vuestra victoria, ¡a la carga!*⁵

El político e intelectual conservador Silvio Villegas, miembro del llamado grupo de *los leopardos*, se expresó así sobre la relación de Gaitán con Mussolini: “El propio Mussolini iba a dejarle una huella imborrable, porque si abominó su ideología, le sedujo el imperioso gesto cesáreo, el tajante método multitudinario de las barricadas”⁶.

Gaitán tuvo plena conciencia de la necesidad de crear un personaje deslumbrante, que se proyectara desde el cuidado personal de su aspecto físico, su traje y sus ademanes hasta la potencia de su expresión y la fuerza de sus argumentos. Aun en sitios tan populares como una cancha de tejo, Gaitán no perdía la compostura. Podía estar en mangas de camisa, pero con un chaleco de fino paño inglés. Y estos elementos que hacían parte de su imagen pública no eran solo el efecto de una vanidad personal o una secreta ambición de escalar altas esferas sociales, eran además la convicción de que no se trataba de descender a los estratos del pueblo pobre, sino de luchar por la dignidad de ese pueblo desde su propia presencia física. Durante su paso por la alcaldía de Bogotá, Gaitán repartió zapatos y cepillos de dientes en los barrios populares, pues estaba convencido de que una persona descalza y desaseada no tiene autoestima ni está en capacidad de luchar por su propia superación. Al tener zapatos, este hombre comienza a tener sentido de su dignidad, y es a este pueblo motivado para salir adelante, al que él quiere dirigirse.



5. Gloria Gaitán Jaramillo, *Bolívar tuvo un caballo blanco, mi papá un buick*, t. I (Bogotá: Graficsa, 1998), 180.
6. Julio Galindo, *Gaitán el orador*, *óp. cit.*, 45.



7. *Ibíd.*, 94.

Desde luego, la fuerza de Gaitán no se basaba tan solo en su oratoria cargada de emoción; era necesario encontrar otras formas de identificación con el pueblo a quien su palabra iba dirigida. Expresiones como: *¡Yo no soy un hombre, soy un pueblo!*, *Si avanzo, seguidme, si retrocedo, empujadme, si os traiciono, matadme, si muero, vengadme*, se convirtieron en consignas que llegaron a repercutir en forma dramática después de su muerte.

Otras expresiones de Gaitán fueron calando en la mente de sus seguidores, del pueblo y del país entero. El famoso *¡Mamola!*, utilizado por Horacio Serpa en forma más reciente para subrayar un rechazo categórico frente a alguna posición contraria, así como algunos aforismos que caracterizaron su pensamiento: “¡Por la restauración moral, a la carga!”, “El país nacional contra el país político”, “El pueblo es superior a sus dirigentes”, “Son los mismos con las mismas”, “La justicia no puede ser solo para los de ruana”, “El hambre no es liberal ni conservadora”, “Que los ricos sean menos ricos, que los pobres sean menos pobres”.

En 1919, cuando apenas se iniciaba su vida pública en forma balbuciente, Gaitán se refirió al caudillo liberal Rafael Uribe Uribe con términos que bien podían aplicarse a sí mismo: “Su verbo lleno de llamas y de estremecimientos, lleno de amor frenético hacia la patria, se centuplicaba para pedir la libertad; parecía que el patriotismo y la democracia quisieran ahogarle entre sus brazos”⁷.

Estas palabras, pronunciadas frente a la tumba de Uribe Uribe, reaparecen hoy, sesenta años después de su asesinato, como un paradigmático juego de espejos. Dos grandes caudillos liberales y nacionalistas, luchadores aguerridos y demócratas movidos por análoga pasión, se convirtieron en mártires de las causas populares, al caer asesinados por oscuros personajes surgidos del mismo pueblo, llamados Galarza, Carvajal y Roa Sierra, pero motivados por fuerzas invisibles, por posibles autores intelectuales escondidos en la sombra de la historia, que en un momento dado pudieron ver en peligro sus privilegios y cuya identidad tal vez nunca llegue a conocerse.

Lo cierto es que al caer bajo las balas asesinas aquel lluvioso viernes de abril, las masas que lo seguían quedaron huérfanas de una figura carismática que las dirigiera. Este es el gran problema del caudillismo, que concentra la fuerza de la palabra y la voluntad política en un solo hombre, para desaparecer o quedar tan solo como una nostálgica evocación en la mente de todos cuantos le escucharon y siguieron sus derroteros.

En sus discursos de plaza pública o en sus intervenciones radiofónicas de los llamados *viernes culturales* realizados en el Teatro Municipal, quedan los ecos de sus caracterizaciones del país político y la oligarquía:

El país político o la oligarquía, que es la misma cosa, selecciona a los hombres, los infla, los llena de importancia, aun cuando no la tengan. [...] ¿Por qué se interpreta así a un país

tradicionalmente respetuoso del culto a las jerarquías de la inteligencia? Hemos llegado al sistema según el cual la única norma de victoria es el sometimiento a la oligarquía o país político, que otorga los títulos, califica la inteligencia y el conocimiento e ignora o destruye al resto del país, que no tendrá categoría si no le ha sido bondadosamente dispensada por los monopolizadores de la propaganda⁸.

Según Darío Samper, amigo y copartidario de Gaitán, “el ejercicio de la palabra del caudillo era, como en los profetas antiguos, una forma de arder, de combustionarse y de exaltar el alma en una forma que solo se produce en las grandes causas. [...] Gaitán era la palabra del pueblo, su expresión, su instrumento”⁹.

Con la muerte inesperada de Gaitán, cuando se hallaba en plena campaña por la reconquista del poder, la dirigencia del partido liberal pudo reorganizarse con otros derroteros. Es posible que la historia de Colombia hubiera tomado otro curso si Gaitán hubiera seguido vivo y hubiera llegado a la presidencia. ¿Se habrían evitado los miles de muertos que ha dejado la violencia, generando conflictos que parecen no tener fin? Es posible.

Apenas dos semanas después del asesinato, el escritor y ensayista Hernando Téllez escribía sobre Gaitán en su columna de la revista *Semana*:

La elocuencia era su evasión personal, el clima de su temperamento, la atmósfera para su inteligencia. No conoce la historia colombiana un orador de plaza pública semejante a Gaitán. El espectáculo de su elocuencia era escalofriante y arrebatador al mismo tiempo. El valor lógico de las palabras no importaba demasiado en medio de la vasta, caudalosa y sonora orquestación del conjunto, en medio del torrente de sonidos que estremecían el aire. El oyente, el espectador de ese extraordinario espectáculo, podía aislar, si quería, la significación de términos, la intención del razonamiento, de ese otro valor, enteramente auditivo, de la desnuda y esencial elocuencia. Además de esta categoría alógica de las palabras, estaba lo demás: el gesto de los brazos, del pecho, de todo el cuerpo, súbitamente engrandecido, crecido y como monumental; estaba el oscuro mechón golpeando la frente y cegando, por instantes, el fulgor de los ojos. Estaba aguzado, hasta el último límite posible el mentón, y estaba agitada toda la cabeza desafiadora y obstinada... imagen cabal de la transfiguración, del trance de la grande elocuencia¹⁰.

Las palabras de Hernando Téllez expresan la admiración por el gesto y la palabra de Gaitán, por su oratoria y su viva comunicación con el pueblo, aunque deja en segundo plano los contenidos del discurso, creando la sensación de que se trataba de un vacío conceptual o de una palabra menor, trascendida por la exaltación

8. Jorge Eliécer Gaitán, *El país político y el país nacional* (Bogotá: Editorial Publicitaria, s. f.), 17.
9. Julio Galindo, *Gaitán el orador*, *óp. cit.*, 37.
10. Hernando Téllez, “Elocuencia de Jorge Eliécer Gaitán”, *Semana*, abril 24, 1948, 30.

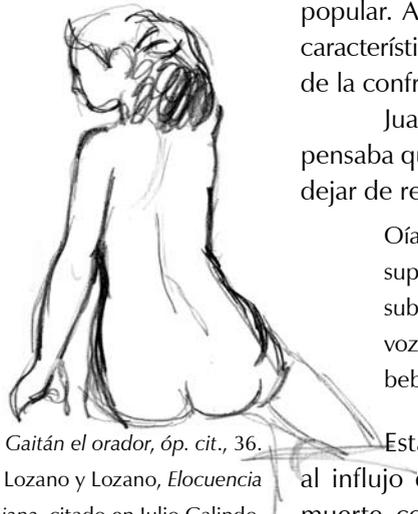
del verbo gracias a sus ademanes y recursos sonoros. En verdad, creemos que la sola palabra, con todos los medios de expresión a su alcance, no habría llegado a suscitar esa tremenda identificación y empatía de las grandes masas, si no hubiera contado al mismo tiempo con unos poderosos mensajes que los oyentes y espectadores asumieran como propios. En ese juego de retroalimentación del lenguaje que va del emisor al receptor y retorna al emisor como alimento en la continuidad de su expresión, se requiere una profunda complicidad. No hay comunicación si no existe un código común, un repertorio de ideas y palabras que establezcan una reciprocidad, tanto en las ideas como en las emociones. Así lo expresó Carlos Lleras Restrepo en los funerales simbólicos de Gaitán, celebrados en el parque Nacional, después de que su cuerpo había sido enterrado en la sala de su propia casa, convirtiéndose desde entonces en su santuario:

Fue el torrente poderoso de su palabra el que fue llevando por todos los caminos que él indicó que necesitaba. Ninguna voz ha resonado con timbre más sonoro ni de manera más resonante en el ágora democrática. [...] Como la luz que golpea los pulidos metales y se devuelve a su fuente, coloreada con los matices de la materia que sus rayos hirieron, así la voz de Gaitán golpeaba sobre las muchedumbres y se devolvía, cargada de ecos populares a la garganta del tribuno¹¹.

Palabras de Lleras Restrepo en uno de los primeros lances de su carrera política, que reubicó a un grupo de liberales tras la desaparición del caudillo con más raigambre popular. Aún se percibe una retórica política, plagada de adjetivos y de metáforas, característica de la época, como forma de expresión en el congreso o en otros escenarios de la confrontación política. Un reflejo también de la vibrante elocuencia de Gaitán.

Juan Lozano y Lozano, que no hacía parte de sus seguidores y por el contrario pensaba que Gaitán era un demagogo superficial y chabacano, sin embargo, no pudo dejar de reconocer la fuerza de su elocuencia:

Oía uno a Gaitán en la plaza y se iba sintiendo irresistiblemente transportado a regiones superiores de la sensibilidad e iba sintiéndose fundido en una emoción colectiva que subía y subía hasta la demencia; Gaitán podía hablar horas y horas seguidas sin que la voz desfalleciera, sin detenerse un segundo para buscar una palabra, sin necesidad de beber un sorbo de agua para tomar aliento¹².



11. Julio Galindo, *Gaitán el orador*, *óp. cit.*, 36.

12. Juan Lozano y Lozano, *Elocuencia colombiana*, citado en Julio Galindo, *Gaitán el orador*, *óp. cit.*, 54.

Estas distintas opiniones muestran que ningún sector político fue indiferente al influjo de la palabra de Gaitán. Aún después de pasados sesenta años de su muerte, como he podido comprobarlo al trabajar en un documental en memoria de aquellos hechos, la emoción de los viejos gaitanistas revive con el solo recuerdo de

la oratoria del caudillo que supo encarnar como ningún otro los impulsos e ilusiones del inconsciente colectivo.

BIBLIOGRAFÍA

BRAUN, HERBERT. *Mataron a Gaitán*. Bogotá: Aguilar, 2008.

BRECHT, BERTOLT. *Escritos sobre teatro*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1970.

GAITÁN JARAMILLO, GLORIA. *Bolívar tuvo un caballo blanco, mi papá un buick*. Bogotá: Graficsa, 1998.

GAITÁN, JORGE ELIÉCER. *El país político y el país nacional*. Colección Tribuneros del pueblo,

Serie Jorge Eliécer Gaitán, n.º 4. Bogotá: Editorial Publicitaria, s. f.

GALINDO, JULIO. *Gaitán, el orador*. Bogotá: Universidad Libre, 2008.

OSPINA, JOAQUÍN. *Diccionario biográfico y bibliográfico de Colombia*. Bogotá: Águila, 1937.

TÉLLEZ, HERNANDO. "Elocuencia de Jorge Eliécer Gaitán". *Semana*, abril 24, 1948,

